

se la trataba con civilidad y no existe pureza en ningún periodo del cristianismo, de ahí la tolerancia.

—¿Eso qué tiene de loco? —pregunté.

—Usted no vive en el siglo XVII.

—¿No está diciendo usted que es un loco desde la perspectiva del siglo XXI?

—No, ciertamente no. Él se volvió famoso por todo esto, después. En su momento la gente lo odió. Porque rompía la unidad del cristianismo. Uno de sus contemporáneos tuvo una frase maravillosa para Williams. Él es, sobre todo, un “no-cordero”. Que este sujeto no era un cordero. Claro que no lo era. Pero se acercó a los indígenas, los conoció bien, vivió con ellos.

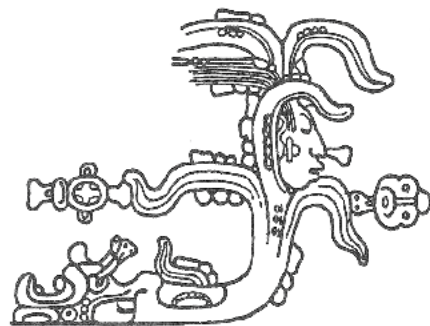
Se quedaron conmigo las descripciones que ofrece Bailyn de los numerosos aspectos contradictorios del carácter de Williams. Fanático, pero tolerante. Un marginado, pero marginado por él mismo. Dispuesto a que en su tiempo lo vieran como un “loco”. Un sentido visionario del rumbo hacia un mejor futuro en ese siglo oscuro. Mucho del carácter americano, como Williams, surge de los años bárbaros. Y ese siglo dejó su sello en nosotros. No la parte del “fanático loco”, aunque ahí esté. Pienso en esa palabra compuesta que le gusta a Bailyn sobre Williams, “no-cordero”. Eso es lo que somos nosotros.

El destino de los pueblos

Eduardo Nicol

Eduardo Nicol (1907-1990) nació y realizó sus primeros estudios de filosofía en Barcelona. En 1938 emigró a México, donde revalidó sus estudios, se naturalizó y se sumó a la planta de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autor de una obra basta y luminosa, en la que destaca su tríptico: *El porvenir de la filosofía*, *La reforma de la filosofía* y *Crítica de la razón simbólica*. Este artículo fue tomado de la entrega de noviembre de 1942 de la revista *Full Català*, editada en la ciudad de México. Traducción de Anna Ribera Carbó.

No solamente los hombres, también los pueblos tienen destino. Entendemos por destino, en la vida, no un término de-



Sin duda, el destino opera en los pueblos de una manera diferente porque el curso histórico tiene una dimensión y una estructura que no coinciden con las de la vida humana.

Es necesario entonces tomar un pueblo en una situación concreta y tratar de dilucidar los componentes de su destino actual.

terminado de antemano, como un fatalismo que nos llevaría a sentirnos inútiles a nosotros mismos y haría superfluo cualquier esfuerzo. El destino también es inexorable, pero nunca marca la línea precisa de nuestra existencia. Hay que entender por destino, me parece, aquello que es dado en nosotros, que no depende de nosotros mismos y que es irrenunciable. Esto limita o enmarca nuestras posibilidades, pero no las reduce a una sola. Es aquello que hay que tener en cuenta, y que cuando prescindimos de hacerlo, nuestro choque con los límites se denomina fracaso, y nos revela que nuestro destino literalmente *nos destina*. Pero aquello que cada quien hace con su destino, es su obra. De esto se desprende que el conocimiento auténtico del destino propio no anula los afanes ni la voluntad de esfuerzo, sino que los orienta rectamente y da a la vida un sentido severo y noble, por la conciencia de los límites personales que resulta de ello.

La gente no formula estas cosas, pero las presiente muy bien. Todos consideramos impropio comparar, sin más ni más, la vida de dos personas, si entre ellas no descubrimos nada en común, nada fundamental. Esta cosa común y fundamental es un destino parecido. La vida humana está hecha de cualidades y no de realidades cuantitativas o mesurables. Y así no solamente es ella heterogénea con cualquier otra realidad, sino que, en el mismo plano de las cosas humanas, unas pueden llegar a ser heterogéneas con otras. Por esta razón, no consideramos adecuado comparar vidas heterogéneas, o que tienen un origen diferente. Es decir un destino diferente, porque el destino, como limitación original, es más un principio que un término. Nuestro origen es nuestro porque es irrenunciable; pero nuestro término no lo es porque es nuestra obra y el resultado de nuestra elección.

La sabiduría o buen sentido de la gente, que no permite poner en un mismo nivel de estimación y de exigencia vidas heterogéneas o destinos diferentes, no ha llegado todavía a proyectarse sobre el destino de los pueblos. Esto es una falta de sentido y de consecuencia. Porque el destino significa, en los pueblos, las mismas reducciones o limitaciones, los mismos datos irrenunciables que en los hombres. Sin duda, el destino opera en los pueblos de una manera diferente porque el curso histórico tiene una dimensión y una estructura que no coinciden con las de la vida humana. Es necesario entonces tomar un pueblo en una situación concreta y tratar de dilucidar los componentes de su destino actual. Si la situación es anterior, el conocimiento del destino estará atendido al juicio histórico. Si la situación es presente, aquella conciencia tendrá que ser la que formule la misión nacional. No hay conciencia de una misión vital —individual o nacional— sin la conciencia del

propio destino. Y por lo que hace a la vida de los pueblos, esta conciencia corresponde a la filosofía y a la historia.

En las culturas jóvenes, la historia precede a la filosofía. O bien la filosofía comienza por la historia. En Cataluña no habíamos llegado todavía a la formulación conceptual rigurosa de nuestro destino nacional. La historia apenas estaba formulando sus síntesis críticas y nos empezaba a ofrecer la comprensión del sentido de nuestra existencia pasada. Pues bien: esto es lo que tenemos que tomar como base si queremos formular nuestro destino. Esta es la misión de hoy. Tenemos que reconocer que hasta ahora no hemos tenido la conciencia unitaria de un destino personal de Cataluña. La voz que hubiera podido formularlo nos ha faltado en las horas trágicas, y esta ha sido, tal vez, la peor de las tragedias.

Sería absurdo que pusiéramos en el mismo plano de consideración el destino de Cataluña y el de las naciones que la rodean. Esta es nuestra limitación fundamental e irrenunciable. Me parece que si reflexionamos veremos esto claramente: que la dimensión política (por no decir la fuerza) y cultural de estas naciones es superior a la nuestra. Hubo un momento, en nuestra historia, en que tal vez hubiéramos podido equipararnos a ellas. Pero el más brillante de nuestros reyes no realizó lo necesario para conseguirlo. Esto enmarcó nuestro destino. Esto y nuestra extraña y triste decadencia en el momento de plenitud renacentista de nuestros vecinos. El Renacimiento, además, consagró políticamente una comunidad de destino con Castilla. Hoy no veo que esta comunidad pueda ser destruida. Intentarlo sería condenarse a ese choque con los propios límites que llamamos fracaso. Otra cosa distinta es el problema de la convivencia.

El resultado es este, en definitiva: somos un pueblo pequeño. Esto significa muchas cosas que todavía no es el caso enumerar y explicar. Pero quiere decir una que conviene tener presente desde ahora. Nuestro destino de pueblo pequeño nos señala el camino de nuestra misión: la nuestra es una misión cultural. La cultura es la razón de ser de los pueblos como el nuestro; es la esencia misma de su personalidad. Y no habría nada peor a que la vanidad política nos alejara de esta misión. Nuestra política debe limitarse a ser el instrumento de nuestra cultura. Por otros caminos se encontrarán las puertas cerradas.

Es necesario tener esto presente, porque las maldades de nuestros días todavía empeorarán, pero tendrán fin y es de prever que les seguirá una época en que será necesario plantearse seriamente estos problemas. Conocer las cosas que no pueden ser no significa que disminuya la grandeza de las que pueden realizarse.

